

DOS CUENTOS DE SAN MAO

Presentamos aquí dos cuentos originales de San Mao: “El vestido púrpura” y “Noche de teatro”, traducidos por la propia autora y Manuel Bayo, publicados en esta revista *Encuentros en Catay* en su primer número de 1987. En aquella época, Manuel Bayo, era profesor de Literatura y Teatro en el Departamento de Español de la Universidad Fujen. Después de venir de España, San Mao conoció a Manuel, y se hicieron muy amigos, gracias a la afición de ambos al teatro, lo que les llevó a verse y a frecuentar amistades relacionadas con el mundo teatral de Taiwán. Estos dos cuentos son una traducción en colaboración entre ellos y podrían ser los dos primeros textos traducidos al español de la propia obra de San Mao.

Revisados los textos podemos afirmar que son dos traducciones de enorme valor literario, pues los autores de las mismas buscaron que funcionaran al ser leídos en español, tanto en el juego de palabras como en el uso de los tiempos verbales, sin que hubiera pérdida de fidelidad con respecto al original. El primer cuento “El vestido púrpura”, es una historia emocionantísima, de gran penetración psicológica que nos aporta una amplia visión panorámica de la vida taiwanesa, en una época indeterminada, a modo de fresco histórico costumbrista que perfectamente hubiera filmado Ang Lee. El segundo cuento “Noche de teatro”, nos traslada a un *escenario* moderno hispánico, en donde todavía está resguardada la tradición *quechua*. Al leerlo nos viene a la memoria el insondable mundo de José María Arguedas, en el desarrollo de una historia que parece diseñada por la cámara y la mente de Federico Fellini.

EL VESTIDO PÚRPURA

Eco Chen (1943-1991)

Traducción: Eco Chen y Manuel Bayo

Recogí con ambas manos aquella carta que me tendía el cartero.

En nuestra casa no hay buzón. Las cartas se recogen a través de la celosía de bambú. Cuando recibimos alguna, se oye el grito—: ¡Hay carta! —y alguien sale a por ella.

Son cosas de hace mucho tiempo. Aquel año mi madre era una mujer de treintaicinco o treintaiséis años. Llegó a Taiwán, desde China continental, a los veintinueve.

Recuerdo con claridad por qué recogí la carta. Aquel día era la fiesta de la recuperación de Taiwán a los japoneses. Los estudiantes de grado elemental nos habíamos manifestado por las calles. No habíamos tenido repaso en el colegio, como en las demás fiestas. Por la mañana, cantamos y vitoreamos hasta que, bañados en sudor, volvimos a casa. «¿Cómo en esta fiesta viene el cartero?, no lo entiendo».

Sin embargo, al llevar la carta a mi madre, siento que contiene algo importantísimo. Después de leerla durante mucho tiempo, mi madre miró, ensimismada, por la ventana. Su expresión parecía distante; no es la mamá que todos los días lava y cocina.

Cuando yo estudiaba en el colegio elemental, vivíamos más de diez personas en una pequeña casa, con una sola planta, de estilo japonés.

Entonces mis tíos y mis cuatro primos convivían con nosotros, mis padres y los cuatro hermanos.

Recuerdo a mi madre como a una mujer a la que solo se podía encontrar en la cocina. En mi infancia, mi madre era bastante callada, no como ahora. Tampoco sonreía mucho.

A la hora de dormir, mis hermanos y yo lo hacemos sobre el tatami, en la misma habitación que mis padres. Escuchamos a mi madre hablar a mi padre:

–Tenemos una reunión de compañeras de bachillerato. Dentro de diez días, tendré que salir una tarde. Me llevaré a las niñas mayores. Los niños se quedarán en casa. Esta vez quiero ir...

Mi padre no dijo nada. Mi madre habló de nuevo:

–Sólo cuatro o cinco horas. El pequeño, si no me encuentra, llorará... Por favor, ¿puedes cuidarle un poco?

El pequeño era mi hermano menor. Tenía dos años nada más.

Y descubrí: «Mamá también tiene compañeras, ¡también ha estudiado!» Después le pregunté –: ¿Qué libros leías? –Me dijo que se casó al terminar el bachillerato, que había leído “El sueño del pabellón rojo”, “A la orilla del agua”, “Los siete caballeros y los cinco héroes”, “Orgullo y prejuicio”, “Cumbres borrascosas”... que jugaba de defensa en el equipo de baloncesto.

Escuchándola hablar de estas y otras cosas, de que también leyó los libros que estoy empezando a leer, la miro con intensidad; parece irreal todo lo que me cuenta. Mi madre, dentro de la vida, no tiene nada que ver con novelas y baloncesto; no es más que una mujer que no habla ni significa mucho en esta familia numerosa. En casa, mi tía es la más poderosa; la verdad es que sólo le tengo miedo a ella.

Después de recibir el aviso para la reunión de compañeras, mi madre parecía algo más alegre y hablaba un poquito más. Incluso sacó fotografías, escondidas como tesoros, para enseñárnoslas a los niños;

señalando a un grupo de chicas con camisa blanca y larga falda negra, que parecía de una época remota, dijo que una de aquellas chicas era ella a los dieciocho años.

Había una foto muy pequeña: tres chicas sentadas sobre un depósito de agua. La falda de mi madre ondeaba al viento y su larga melena flotaba en la misma dirección. Al mirar aquella foto, casi amarilla, al ver, a la vez, a mi hermano menor que gateaba con sus zapatos en la boca, mi corazón se confunde y no puedo entender nada. Corrí hacia afuera.

Desde que mi madre quiso ir a esa reunión en el Lago Verde, muchas tardes, al regresar del repaso en el colegio, la encontraba arrojada sobre el tatami, mientras miraba a mi hermanito y recortaba trozos de periódico. A veces, nos llamaba a mi hermana y a mí para que nos pusiéramos en pie, frente a ella, y nos probaba los periódicos. Le pregunté qué hacía. Sonriente, respondió -: Hago vestidos nuevos para tu hermana y para ti-. Aquellos días, mi madre trabajaba hasta muy tarde.

Aquel asunto del vestido nuevo era entusiasmante. Desde que entré en el colegio llevaba uniforme todos los días, además de un chaleco de lana, a rayas grises y azules, que heredábamos de un hermano a otro, a medida que crecíamos, y que nunca desaparecía de casa. Cuando fui mayor se lo pedí a mi madre como recuerdo. Entonces lo odiaba.

Nunca había tenido un vestido nuevo. Esperaba, con los ojos de par en par, a que mi madre dejara de recortar el patrón y me enseñara la tela de verdad. Una noche, al volver muy tarde del colegio, descubrí a mi madre cosiendo una tela blanca. Me abalancé sobre ella y le grité, mientras tiraba de la tela:

-¿Por qué es blanco, por qué es un trozo de tela blanca?!

Arrojé la cartera, miré enojada a la mujer silenciosa y empecé a llorar. Bajo la lámpara, mi madre inclinó la cabeza como si hubiera cometido una falta: sabe muy bien que a mí me gusta el azul claro.

Al día siguiente, encontré el vestido blanco ya terminado, con un volante de color púrpura en el borde de la falda.

–Esta combinación de colores es para... los... muertos –dije.

–Nena, mamá no tiene otra tela, de verdad. Por favor, no te pongas así. Cuando mamá tenga dinero, seguro que te comprará telas de otros colores.

Mientras habla, quiere probarme el vestido. Lo rechazo con el brazo, la cabeza baja:

–No me molestes, todavía tengo que hacer los deberes de matemáticas.

Mi madre se quedó inmóvil, en pie, durante mucho tiempo. Luego, muy despacio, colgó el vestido del respaldo de una silla.

Mi hermana mayor es tierna y obediente. Se puso el vestido, igualito al mío, y se contemplaba sin cesar en un pequeño espejo de mano. Miro de reojo mi vestido, que en realidad no es tan feo, pero no quiero probármelo.

Mi hermana me cuenta que todas las compañeras de mamá están casadas con hombres muy ricos. En la reunión tendremos helado los niños. Hasta ahora no he comido más que polos, nunca un verdadero helado.

Mi hermana me explica que antes, en China continental, todos los veranos lo teníamos. No puedo acordarme.

La reunión de antiguas alumnas será un domingo por la tarde. El marido de una de ellas, alto cargo en un ministerio, ha conseguido un autobús del ejército: todas iremos a cogerlo frente a la casa de una compañera, en una calle lejana y desconocida para nosotras. Desde allí iremos al Lago Verde.

En aquel tiempo, yo tomaba el autobús número 12, además de un triciclo, camino del colegio. Las excursiones escolares eran a pie.

El domingo tengo que ir por fuerza al colegio para repasar. Mi hermana ya está en la escuela media y puede quedarse en casa. Mi madre dijo que aquel día yo iría al colegio sólo hasta las dos de la tarde y que ella vendría con mi hermana, traería mi vestido nuevo, y le pediría permiso a la maestra para que yo saliera antes. En cuanto me cambiara el uniforme, nos marcharíamos.

Para la salida de ese domingo, mi madre, con la vista baja, había hablado dos veces a mi tía, que no le contestó ni una palabra. Todo lo vi con mis ojos. Mi madre insistió bastante.

La espera es bella y lenta. Así la vive, al menos, mi madre. Aquellos días nos hablaba a menudo de su vida durante el bachillerato, nos decía nombres de sus compañeras, que, después de casadas, fueron a otra provincia, siguiendo el curso de la guerra, hasta que, terminada la Segunda Guerra Mundial, vinieron a Taiwán: se habían separado hacía más de diez años. Mientras habla de estas cosas, fuera de la ventana, se balancean las lilas. Los cuatro niños jugamos en nuestra habitación. Y la mirada de mi madre está más allá de nosotros y de las flores.

La mañana de la reunión me levanté muy temprano. Aprovechando que los mayores preparaban el desayuno, me metí dentro del vestido nuevo que no me gustaba mucho. Cuando mi madre descubrió que yo no quería ir al colegio, se acercó para quitarme el vestido. A la fuerza me puse el uniforme y la cartera. Mi hermana me acompaña hasta la puerta del colegio, me dice que a las dos en punto vendrán a por mí, seguro que vendrán. La miro con el corazón encogido. Me sonrío afirmativamente.

Al mediodía, a la hora de la comida, empieza a oscurecerse el cielo; poco después, a llover con suavidad. He esperado hasta las dos, he esperado a que tocase la campana, entonces he visto a mi madre,

con un paraguas negro, medio corriendo por el largo pasillo, desde el despacho de los maestros hacia mí. Mi hermana saltaba detrás.

Con rapidez, me sacaron del aula y me llevaron a la portería para cambiarme de vestido. El conductor del triciclo metió mi uniforme y mi cartera debajo del asiento. Al conductor lo llamamos viejo Chou. Mi madre me peina y me coloca precipitadamente una cinta violeta. Luego baja la rodilla para ponerme calcetines nuevos y el par de zapatos blancos de cuero para los días de fiesta.

Mi madre lleva un *chi pao*, vestido tradicional chino, de color púrpura oscuro, y zapatos blancos de tacón con un agujero en la punta. De su cuerpo brota un hilo de perfume al que no estoy acostumbrada. Adivino que este olor proviene de una botella azul oscuro que jamás podemos tocar los niños: “Noche de París”. Veo muy claro que hoy mi madre es diferente.

El viejo Chou no trabaja para nosotros. Lo conocemos mucho porque siempre está al final de nuestra calle, esperando clientes para su vehículo. Mi hermana y yo subimos, bajo la suave lluvia. El asiento es muy estrecho y me encajo entre ella y mi madre. Se cierra el toldo. Mi madre se preocupa por si se mojan mis rodillas y sujeta el hule. Nuestros ánimos no disminuyen por el mal tiempo.

Desde el colegio hasta la calle de la cita hay un largo trayecto. Sobre las rodillas de mi madre y de mi hermana van dos cazuelas, una de carne en salsa y otra de sopa rusa, guisadas especialmente por mi madre para sus compañeras. La noche anterior estuvo casi sin dormir, trabajando a hurtadillas en la cocina.

La lluvia es cada vez más fuerte. El viejo Chou está empapado y pedalea con el cuerpo inclinado. Mi madre abre con frecuencia el toldo para pedirle disculpas, sin dejar de consultar el reloj. Mi hermana, concentrada en proteger la cazuela de sopa, al ver cómo rezuma el trapo

que la envuelve, se lamenta, al borde del llanto, porque va a mancharse la única ropa buena de nuestra madre.

Cuando distinguimos el tejado de un famoso colegio, mi madre mira una vez más su reloj. Habla con rapidez:

–Niñas, rezad, que vamos con retraso, rezad junto con mamá para que el autobús no salga en punto. Rápido: Padre nuestro que estás en los cielos...

Nosotras cerramos los ojos y le gritamos a Dios con todo nuestro corazón, pidiéndole que aparezca en seguida la calle deseada.

Al cabo de lo que parecía mucho tiempo, surgieron filas de alcanforeros bajo los chorros de lluvia. Mi madre apartó el toldo, sujeto en la otra mano el papel con la dirección que buscábamos. El viejo Chou y ella se hablaban a grandes voces. Mi vista es muy aguda: al final de la calle distinguí un autobús, de color verde militar, al que subían niños y personas mayores con paraguas

–¡Están ahí!– grito al viejo Chou.

El viejo Chou aumenta la velocidad, bajo la lluvia, se precipita contra el autobús, al que ya ha subido toda la gente, y que, soltando humo negro, comienza a moverse lentamente.

–¡Se marcha, se ha marchado!– grito. Mi madre aparta por completo el toldo, con los ojos puestos en aquel coche, aquel coche que se aleja.

–¡Viejo Chou, persíguele!–. Le golpeo la espalda. El bueno del conductor acelera como un loco.

Nos acribilla la cruel lluvia. Mi madre, medio cuerpo fuera del asiento, como si quisiera lanzarse a una carrera, aferra la cazuela de sopa. El autobús está aún más lejos. En este momento, de pronto, oigo, entre el viento y la lluvia, el grito enloquecido, a voz en cuello, de mi madre–: ¡Huey Ton Yut! ¡Ye Min Sia! ¡Ju Juey Sie! ¡Esperadme! ¡Soy Chin Lan ! ¡Soy Miao Chin Lan! ¡Esperad! ¡Esperad!

La fuerte lluvia cubre cielo y tierra. A los gritos de mi madre se unen los del viejo Chou y los de mi hermana. Persiguen, gritan, fijos en aquel coche, cada vez más lejano, que no quiere detenerse. No puedo dejar salir mi voz, estrujo el toldo doblado bajo mis rodillas, y lloro al escuchar el incesante grito de mi madre: «Ah, mamá se ha vuelto loca».

El autobús, finalmente, ha girado sin dejar rastro. La ciudad de Taipéi, en un domingo de aquel año, estaba borrosa y vacía.

Mi madre se recuesta en el respaldo del vehículo. El viejo Chou desciende para limpiarse con las manos el agua de la cara y cerrar el toldo. En el interior ya está oscuro. El viejo Chou pregunta: ¿Volvemos, señora Chen?-. Y mi madre dijo: Bien-, sin añadir nada más. A mitad del camino de regreso, abrió su bolso, sacó un pañuelo y nos limpió a mi hermana y a mí, olvidada del agua de su propia cara.

Al llegar a casa, mi madre enseguida hirvió agua sobre el carbón. Llevábamos todavía los vestidos mojados. A la espera del agua caliente para bañarnos, nos dieron los uniformes secos. Dijo mi madre:

–Cambiaos rápido, no os vayáis a constipar.

También se puso rápidamente el vestido de ir por casa, a la vez que tomaba en brazos a mi hermanito y le preparaba la leche.

Me puse el viejo uniforme. Tiré a un balde el vestido mojado. De golpe, me fijé en que el volante de color púrpura desteñía y manchaba trozos húmedos de la tela blanca.

Jamás volví a ponerme aquel vestido.

Transcurrieron muchos años. La semana pasada, un atardecer, me senté con mi madre. Le pregunté si se acordaba de aquella reunión de compañeras. Me dijo que no tenía ningún recuerdo. Me hubiera gustado hablarle de aquel vestido nuevo, de aquel rostro tan bello y de la mirada que ella tenía entonces, de aquellas lilas fuera de la ventana

en la casa japonesa, de cómo era mi hermanito, de los nombres de aquellas compañeras.

Mi madre me oye distraída. De repente, dice:

–No sé si estarán mejor las niñas.

Descuelga el teléfono, pulsa los botones de los números, cuando alguien le contesta, dice:

–Nena, soy la abuela ¿Todavía tienes fiebre? ¿Toses o no? ¿Te has portado bien? ¿Has ido al colegio?... Cuando la abuela sabe que estás enferma, le duele el corazón...